

SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 10
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 12 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

ESCUDO HALLADO EN EL RODANO.

El dibujo que ofrecemos á nuestros lectores, representa un escudo, hallado en el Ródano el año de 1656, y sobre el cual aparece grabado aquel brillante hecho de Escipion el Africano que le honra tanto como sus victorias. En un combate, dado por los romanos contra los españoles, se apoderaron aquellos de una princesa española prometida á uno de los gefes enemigos.

Como estaba dotada de una singular belleza, y como tenia Escipion una debilidad bastante conocida por las mugeres, los soldados le presentaron como despojo de la accion á la hermosa prisionera; mas el jóven cónsul, á pesar de la violencia de su pasion, devolvió noblemente al príncipe español su cautiva, sin haber menoscabado en lo mas mínimo su honor, y este acto de generosidad, tan raro en aquellos tiempos, contribuyó á que el jóven español se prendase del caudillo romano.

Hé aqui como refiere el hecho un escritor moderno.

Al dar principio la nueva campaña, dice entre otras cosas, Asdrúbal, el hermano de Anibal se hallaba en Sagunto, que á la sazón ya habia sido reedificada por Escipion; el otro Asdrúbal, en la Bética, en frente de Cadiz, y Magon entre Castilla la Nueva y Andalucía. Medida poco acertada fué la de dividir de este modo las fuerzas en tal ocasion, y teniendo que habérselas con un contrario tan temible como Escipion el Africano. Con efecto, este célebre caudillo romano, lejos de marchar en busca de alguno de los tres, como lo hubieran hecho sus antecesores, á la cabeza de un ejército respetable se dirigió sobre Cartagena, metrópoli de las posesiones púnicas de España, á la cual puso cerco muy apretado por mar y tierra. Alucio, á quien el senado de Cartago habia conferido el honoroso titulo de príncipe de Cartagena por sus brillantes hechos de armas, era el que dirigia las tropas sitiadas; pero no encontrándose al parecer con las fuerzas necesarias para contrarrestar á un enemigo tan poderoso, cuando tuvo noticia del asedio que la plaza iba á experimentar, reclamó la cooperacion de algunos de los generales de Cartago ausentes, por lo cual Magon abandonó á Castilla, y voló á marchas forzadas hasta reunirse con su conmitón, lo que consiguió á duras penas, pues la vanguardia enemiga ya ponía en práctica los hostiles preparativos del asedio. Este dió principio con excesivo vigor; los dos ejércitos beligerantes dieron vivas señales de su grande valentia; pero al fin cupo á Escipion la gloria de penetrar al cuarto día en aquella poblacion tan disputada. El desorden de los sitiados llegó á su colmo; ninguno encontraba un flanco para la fuga, y hasta el mismo Magon quedó cautivo del vencedor.

Sin embargo, Alucio, aun cuando vió á los contrarios dentro de los muros de Cartagena, acompañado de unos cuarenta peones decididos á vender caras sus vidas, se situó á la puerta de un magnifico edificio, y con espada en mano y ayudado de sus valerosos compañeros, se defendía como un leon que despedaza enfurecido á todos cuantos animales carnívoros pretenden penetrar en la madriguera donde duermen tranquilamente sus cachorros. Escipion, que á este tiempo pasaba por aquel sitio entre las aclamaciones de los suyos, cuando observó aquel desigual combate, y el imponderable arroyo de tan bravo mancebo, viéndole próximo á sucumbir al superior número de contrarios, exclamó desde su caballo:

—¡Cuartel, cuartel! ¡no sacrificuéis á ese valeroso español!

Y atravesando la multitud, se apeó del caballo, se fué derecho al jóven, y asiéndole amistosamente de la mano, dijo á los suyos con aquella dulce sonrisa que tanto le caracterizaba:

—Este prisionero es mio; en lugar de apresarle en son de guerra, acabo de cogerlo con el irresistible lazo de la amistad. Vente á mi palacio, prosiguió dirigiéndose al jóven príncipe.

Alucio envainó la espada y antes de seguir al vencedor romano, no pudo resistir á la tentacion de dirigir una mirada melancólica á los balcones de la casa á cuya puerta se habia situado poco antes con tan valeroso

ardimiento. Escipion comprendió que este ademán por parte del español bizarro, encerraba algun misterio; pero disimuló, y haciendo como que le habia pasado desapercibido este incidente, condujo al jóven al palacio de Magon, entonces de su pertenencia, con la mayor afabilidad.

Después que penetraron en un lujoso recinto seguidos de una brillante comitiva de romanos, Escipion interrogó al príncipe de Cartagena, del modo siguiente:

—¿Quién te ha impulsado, valeroso mancebo, á emprender tan obstinada y desigual defensa á la puerta de aquella morada?

—Cónsul, repuso Alucio con aspecto de noble orgullo; no es á tí á quien debo revelar la causa que origina los ímpetus interiores de mi corazon. Ya has debido suponer que algun motivo poderoso me imponia el héroe deber de regar con mi propia sangre el tránsito por donde tenian que pasar mis enemigos para penetrar en la mansion de mis ensueños, hoy funesto recinto de mis esperanzas malogradas.

—Bien, dijo Escipion quitándose el casco y entregándole á uno de sus servidores; pero al fin, lejos de perecer en medio de tu loca obstinacion, mis palabras han sido para tí un objeto de irresistible atraccion, y

flotaba con descuido sobre su casi desnuda espalda; un suspiro comprimido las mas veces, rebotaba de su alma; pero á pesar de su aparente calma, una chispa de furor se dejaba ver en su rápida mirada cada vez que la dirigia al romano, indignada con los sufrimientos de su amante.

—¿Qué me presentais, decurion? preguntó Escipion.

—Esta es, señor, la matrona mas bella y mas ilustre de la ciudad conquistada; es la esclava, que por derecho de conquista os pertenece.

—Nunca podrá imaginarse, contestó el romano, hasta donde llega mi contento, al verme dueño de tan hermosa prisionera.

—Señor, exclamó Ermengarda arrojándose á sus pies.

Escipion, mientras que la levantaba con afabilidad, dirigió la vista al príncipe de Cartagena, en cuyo semblante vió retratada la rabia mas escesiva; pero haciéndose el distraído, después de haber colocado la dama á su derecha, se dirigió al anciano que la habia venido acompañando.

—¿Qué pretendéis? le preguntó.

El anciano temblando y lloroso contestó:

—El cielo me ha dado un solo hijo, que es el valiente príncipe que acabas de hacer prisionero. Respeta, vencedor, sus virtudes militares; no le sacrifiques al rigor de tu venganza, porque defendiendo á Cartagena no ha hecho otra cosa mas que cumplir con el deber que le imponian las leyes de nuestra patria.

—He conquistado la plaza, y haré justicia, repuso Publio Cornelio con afectada sequedad.

—Si tu justicia reclama mi cabeza, interrumpió Alucio, despréndela cuando quieras.

—¿Quieres oro por su rescate? exclamó Ermengarda.

—¿Quieres oro por su rescate? preguntó el anciano. Escipion quedó pensativo un corto momento, y dijo despues:

—Dadme el oro que tengais en este instante.

El anciano arrojó sobre la mesa una cajita llena de monedas y Escipion colocando juntos á los futuros, continuó:

—Os he dicho que como conquistador haria justicia, y voy á dar principio. Te he perdonado la vida, Alucio, mas no por eso dejas de ser mi esclavo; para que no puedas otra vez dirigir tus armas contra mí, es preciso ligarte á una cadena que solo puedas romper con la muerte; pero la cadena que te ofrezco no puede ser mas dulce y deseada.

Y cogiendo la mano de Ermengarda, la unió á la del jóven príncipe que no pudo menos de contemplar con admiracion aquel rasgo de extraordinaria generosidad.

—Este oro, prosiguió el romano, que acaba de ofrecermelo tu padre para tu rescate, sea el dote de tu cara esposa, y en prueba de mi afecto, quiero ser uno de los convidados á los festejos de vuestras nupcias.

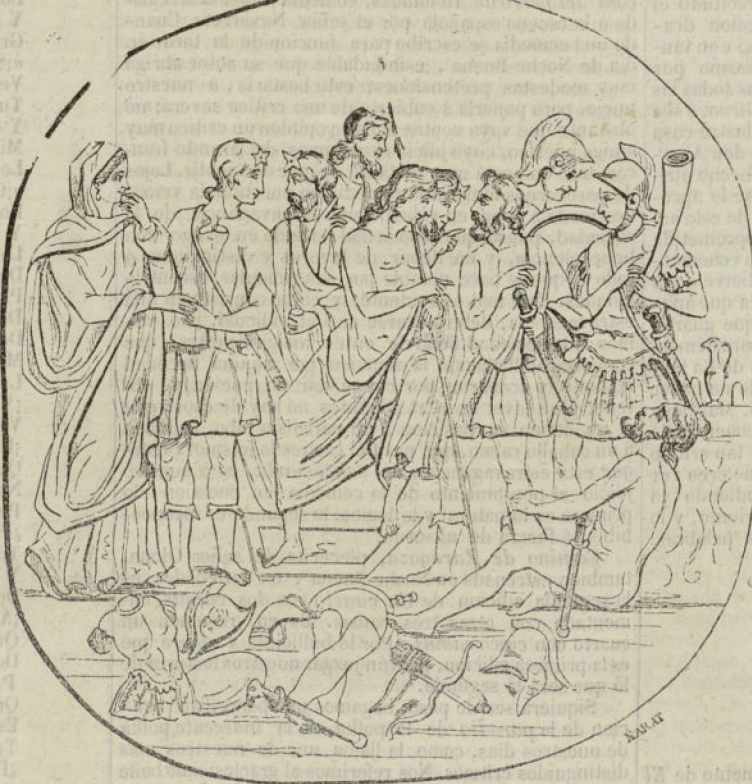
Alucio y su padre, besaron la mano de Escipion, y al poco tiempo presentó el príncipe al caudillo de Roma mil cuatrocientos caballos para que los uniese á sus valientes tropas.

Este monumento, presenta curiosos detalles acerca de las costumbres de la época á que aludimos: he aqui lo que dice un escritor en su obra titulada. *Costumbres de los pueblos antiguos*. —«Alucio, el jóven futuro, al cual el héroe romano acaba de entregar su prometida, apenas tiene pelo de barba; lleva una especie de jubon ó corpiño que termina en la rodilla; su túnica, cuyas mangas no cubren mas que la mitad del brazo, descenden hasta la cintura; su calzado, semejante al de aquellos que le acompañan, sube hasta la mitad de la pierna.

Los otros españoles tienen barba; sus túnicas son anchas y abiertas en la parte superior, y no tienen mas que una manga; y el brazo derecho permanece desnudo.

La dalmática de la jóven prometida, tiene las mangas largas, y descenden hasta el suelo; un ancho y largo manto le sirve de velo; pero deja ver una parte de la cabellera y de la oreja, que aparece adornada de un pendiente: su calzado es enteramente cerrado.»

A esto añadimos nosotros, que sus vestidos de guerra, consistían en una túnica de lino pintada ó bordada en púrpura que cubria una vesta de cuero. Sus armas eran un escudo y un casco hechos de acero: sus espadas



Escudo hallado en el Rodano.

abandonando el puesto que ocupabas, la mansion de tus ensueños, queda en este instante en poder de mis tropas vencedoras.

—¡Ah! exclamó Alucio dando á su semblante una espresion de cólerica indignacion... Creí salvarla todavia pidiendo tu clemencia, no para mí, para ella.

—¿De quién me hablas?

—De mi Ermengarda, la diosa de mi corazon, de este corazon que ha combatido en el campo por hacerse digno de ella.

—¿Es tu esposa?

—No; porque tu repentino asedio ha paralizado nuestra boda.

Un ruido de pasos suspendió el diálogo: en el aposento de Escipion, acababa de penetrar un decurion acompañado de una hermosa jóven y de un anciano.

—¡Ermengarda! exclamó Alucio al reparar en la muger que conducian.

—¡Príncipe! dijo Ermengarda al ver á Alucio.

Un momento de silencio sucedió á esta casi simultánea exclamacion de los amantes.

Ermengarda, no estaba irritada como Alucio, ni temblaba como el anciano que la seguia; sus ojos azules y lánguidos, no mostraban haber dejado caer una lágrima sobre aquel blanquísimo rostro en que aparecia el simbolo de una paz profunda, y que no revelaba ningun punto de contacto con la atrevida espresion de su futuro; tenia inclinada su cabeza; su cabello rubio y ondulado,

ran famosas por la escelencia de su temple, y por su ongitud y su latitud. Los romanos, las llamaban *parosonium*, porque las llevaban unidas y suspensas de la cintura. Los habitantes de las islas Baleares, eran célebres por su destreza en manejar la honda.

CRONICA TEATRAL.

Si retrocedemos hasta la Noche-Buena de 1850, y echamos una ojeada retrospectiva á las cuatro semanas que han pasado desde entonces acá, no habrán de faltarnos materiales para una estensa crónica de teatros. Las novedades han sido muchas, dos en cada coliseo por no faltar á la costumbre establecida para tales días: agréguese á estas ocho comedias las estrenadas después; barájense todas ellas con las del repertorio antiguo y moderno conocido, y de aquí podrá inferirse que inacabable variedad, que profusa colección de espectáculos nos han ofrecido en estos días los teatros de Madrid.

Nada ha quedado por recorrer en tan variada y estensa escala. Desde el drama religioso hasta el drama fatalista: desde las comedias de buenas costumbres hasta los melodramas de ladrones y asesinos: desde las piecitas sentimentales y morales, hasta las comedias de malas costumbres: desde los sainetes llenos de chistes, hasta las ridículas é insulsas bufonadas: por último, desde la graciosa parodia de la polka, hasta la segunda parte del tío Pinini: bajo todas las formas posibles nos ha ofrecido el arte dramático, y aun el coreográfico ocasiones de reír y de llorar, de deleitarnos y de aburrirnos, de aplaudir y de silbar, si alguna vez hubiésemos querido ejercitar este triste derecho.

En esta inmensa colección de espectáculos, deben llamar primero nuestra atención las ya olvidadas comedias de Noche-Buena, de las cuales solo mencionaremos algunas, atendida la inmensa distancia que nos separa de aquellos tiempos.

A pesar de ella, nunca será tarde para unir nuestras enhorabuenas á las que por todas partes ha recibido el autor de *El primer Giron*, escelente producción dramática del señor Ariza, que el público escuchó con tanto agrado, y con visibles muestras de entusiasmo por espacio de algunas noches, llenándose en ellas todas las localidades del TEATRO ESPAÑOL. El primer *Giron*, ó sea el conde don Rodrigo Tellez, fundador de la ilustre casa de los duques de Osuna, salvó la vida al rey don Alonso VI en la batalla de La Sagra, cuyo glorioso hecho atribuye el monarca al conde don Gutierre, que se lo apropió imprudentemente, solicitando en premio de esta acción la mano de la infanta doña Sancha, comprometida de antemano con don Rodrigo, á quien ama con vehemente pasión. Ausente don Rodrigo, goza don Gutierre de la privanza del rey y urde una inicua trama para que aparezca como conspirador. Don Rodrigo, aunque guarda bajo su coraza un sangriento giron bastante para demostrar su noble y generoso arrojo en la batalla de La Sagra, lo oculta silencioso con el propósito de no hacer valer su desinteresado y magnánimo servicio. Mas llega á ser tan declarado el enojo del rey á consecuencia de las sospechas excitadas por don Gutierre, y tan crítico y terrible para don Rodrigo el momento en que cree ver perdido el objeto de su cariño, que no pudiendo ya contenerse, saca del pecho el giron sangriento, y lo enseña al monarca, diciendo estas sentidas palabras:

Gran violencia me ha costado
publicar este secreto:
yo debí ser mas discreto,
sí; y estoy avergonzado.

Vos teneis la culpa, vos:
os cedi bienes y fama:
pero cederos mi dama
era mucho ¡vive Dios!

He aquí reducido á breves palabras el argumento de *El primer Giron*. Confiada la ejecución de este drama á los principales actores del teatro Español, á la señora Llamadrid (doña Teodora) y los señores Valero, Calvo y Pizarro, escusado es decir que fué admirablemente interpretado el pensamiento del autor.

Han continuado después en el mismo teatro las representaciones de *Jugar por tabla*, atrayendo una numerosa concurrencia por espacio de dos semanas. El éxito de esta obra ha sido el que debía esperarse de su relevante mérito, en el fondo de sus bellísimas formas, de las lecciones de sana moral que en ella se encuentran. — También se ha vuelto á poner en escena y ha sido recibido con gran aplauso el drama del señor duque de Rivas, *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, obra no representada en Madrid hace muchos años. Esta atrevida creación de la escuela romántica tan abandonada hoy día y tan relegada al olvido, ha hallado todavía un eco en los que aman sinceramente la buena literatura dramática, cualquiera que sea su carácter y el género á que pertenezca; porque no pueden negarse á la obra del señor duque grandes situaciones, riqueza de versificación, caracteres notables y sublimes destellos de una imaginación fecunda y lozana.

Estas mismas dotes, sin exceptuar ninguna de ellas aunque en distinta escala y aplicadas á una composición de otro género, se encuentran en el drama del señor Asquerino, *Arcaños del alma*, recientemente estrenado en el TEATRO DEL INSTITUTO. ¡Qué lástima, sin embargo que haya empleado el autor su tiempo y sus brillantes recursos en bosquejar escenas que no pueden presenciarse sin disgusto y sin ofensa del pudor! Presen-

tar en escena á una joven perdida por sus extravíos, poner en su boca confesiones tan repugnantes como las que ella hace de su propia deshonra; hacerla aparecer después como madre, y traerle la muerte tras la perdición, para completar el cuadro de los horrores á que se espone una joven que da oídos á un loco é imprudente amor, es en último resultado ofrecer á los espectadores un cuadro de escenas peligrosas, en muchas de las cuales todo el talento del autor no ha bastado á impedir ciertas impresiones desagradables para los oídos castos. Creemos por otra parte que el autor ha llevado hasta la exageración la pintura de los caracteres que atribuye á sus personajes. En cuestiones de amor, y allí se cruzan muchas de ellas, siempre hay algún otro móvil que el frío y sórdido interés de la conveniencia, único que el autor les atribuye. Esto aparte, ya hemos dicho que el drama tiene escelentes dotes literarias, buenas situaciones y una versificación muy rica.

Amor y miedo, comedia de costumbres del señor Pina, fué uno de los estrenos de Navidad en el TEATRO DE VARIEDADES, y por cierto de los mejores: su argumento es gracioso, el enredo ofrece interés y está sostenido hasta el fin de la representación, en que se desenlaza de una manera agradable. Un tutor que está enamorado de su pupila, porque es rica, se pone de acuerdo con un médico, para que poniendo á dieta á un primo de la niña que debía ser su esposo, le haga creer que está tísico, á fuerza de enflaquecerlo y de hacerle tomar breves. A pesar de este gravísimo inconveniente, los novios se gustan uno á otro y con este interés coincide el descubrimiento de toda la farsa por una criada, que es el diablillo enredador de la comedia y cuyo papel representó muy bien la señorita Bueno. El enfermo, al ver que solo lo estaba de aprensión, se casa con su prima, á pesar de la desesperación del tío, á quien sus antiguas relaciones con una ama de gobierno envolvían á cada paso en mil conflictos y cuestiones de celos. — La ejecución de esta comedia fué muy esmerada por parte de todos los actores.

En la tarde del mismo día se estrenó también *La cola del perro de Alcibiades*, comedia francesa arreglada á la escena española por el señor Navarrete. Cuando una comedia se escribe para función de la tarde en día de Noche-Buena, es indudable que su autor abraza muy modestas pretensiones; esto bastaría, á nuestro juicio, para ponerla á cubierto de una crítica severa; no obstante que vaya contra nuestra opinión un crítico muy amigo nuestro, cuyo juicio respetamos, declarando francamente que está muy distante de nuestro sentir. Lejos de parecernos inmoral la comedia en cuestión, la vemos destinada á poner en ridículo una estravagancia de la sociedad, puesto que la sociedad ha dado en acoger con benevolencia, y en llenar de favores y distinciones á todo el que se hace notable por sus ridículas escentricidades. Este mal es evidente, y como consiste en una estravagancia, debe atacarse con el ridículo. ¿No vemos á la sociedad llena de entes insignificantes, que comenzaron llamando la atención por alguna necesidad de bulto, y acabaron por conquistar un puesto y obtener gran favor en ella? ¿Cuántos no hay de esos, que si no deben su posición á un perro sin rabo, la deben á un caballo rabon, que para el caso es lo mismo? Castigar esta estravagancia y no sancionarla, es á nuestro juicio el pensamiento de la comedia en cuestión: lo primero es lo natural y lo lógico: lo segundo es inconcebible, á fuerza de absurdo.

Camino de Zaragoza, piecita del señor Olona, también estrenada en Noche-Buena y en Variedades, es la segunda edición de *Un cuarto con dos camas*, aumentada con otras tres camas. Es en resumen un cuarto con cinco camas. Por lo bulliciosa y alegre que es la primera edición, podrán juzgar nuestros lectores de lo que será la segunda.

Siquiera sea de paso, hagamos una honorífica mención de la *parodia* de la polka, de la indecente polka de nuestros días, como la llama uno de nuestros mas distinguidos críticos. Nos referimos al graciosísimo baile puesto en escena en el mismo teatro por el señor Ruiz. También tiene el baile del señor Ruiz *argumento moral*, cosa que va haciéndose de moda en este tiempo. ¡Cuánto habremos ganado el día que la moda se generalice por completo!

Pasaremos por el TEATRO DEL DRAMA sin entrar en él, porque hay bromas muy pesadas para recibir las de cerca. *La terrible noche de un proscrito*, *Rodolfo ó el asesino del bosque*, *El abate L' Epee y el asesino*, *Los asesinos de la posada de los Adrets*, *Pedro el Negro ó los bandidos de Lorena*, son títulos tan horripilantes y tremebundos, que nos apartan del coliseo de la calle de Valverde, por temor de hallarnos á todas horas entre negros, bandidos y asesinos. Cuando estos individuos se ausentan, tenemos los puñales y los arcabuces del *Dos de Mayo* y los cañones del *Sitio de Zaragoza*, que tampoco nos dejan penetrar allí. A falta de estos enemigos, todavía tenemos en aquel teatro otro enemigo mas declarado, y es la malísima ejecución de los dramas. Noches pasadas quisimos ver *Washington* (*Washington* decían los actores), y confesamos que no pudimos resistir mas de un acto. Renunciamos gustosos á una crítica que con tanto disgusto habríamos de escribir. Pero debemos declarar que nuestra censura, ni alcanza al apreciable señor Lombía, á quien con harto sentimiento vemos alejado de la escena, ni al distinguido actor don Vicente Caltañazor, á quien no tratamos ni conocemos, pero apreciamos sinceramente, por la inteligencia y el esmero con que desempeña sus papeles, ni al señor Ayta. En algunas ocasiones, que para muchos habrán pasado desapercibidas, una oportunidad del

señor Caltañazor ha venido, como la Providencia, á salvar de un naufragio al teatro del Drama.

El día 18 de este mes se ha estrenado la *Cenerentola* en el TEATRO REAL, y ha sido muy bien ejecutada por todos los artistas, especialmente por la Alboni. Si al indisputable mérito de su canto uniese esta eminente cantatriz la *espresion* que sabe darle cuando quiere — como lo observamos en nuestra última revista respecto á las últimas representaciones de la *Sonámbula* — nada hubiera dejado que desear.

En el TEATRO DE LA CRUZ, por tanto tiempo cerrado desde que incurrió en los *siete pecados capitales*, hemos visto en los días de Pascua representaciones de niños, que hacen todo lo que pueden atendida su edad, y cuyos primores y habilidades deben tener con la boca abierta á sus cariñosos padres.

J. M. ANTEQUERA.

A LA TUMBA DE NERON

RUINOSA YA, A ALGUNAS MILLAS DE ROMA.

¡Salve, famoso romano!
Ya que mezquino el humano
Haciendo de un monstruo un hombre
Da en un libro fama y nombre
Al hombre que fué tirano.
Mas no esperes en verdad
Que la razón te demande:
Yo sé que la humanidad
Da también celebridad
Al monstruo, si el monstruo es grande.
¡Salve! No vengo, Neron,
A maldecir tu mansion
Como morada precita,
Que estando de Dios maldita
No vale mi maldición.
Mas para llegar aquí
Los anchos mares surqué
Y pensando siempre en tí
Gritaba en mi frenesí:
«¡Sombra, yo te retaré!»
Vengo, Neron, á retar
Tu poder, no tu miseria:
Y cuando vuelto á la mar
Mire en su zafir brillar
Los fanales de la Iberia,
«¡Cumplí el reto!» Gritaré
Entre el mugir de las olas,
Y llena el alma de fé
Las arenas pisaré
De mis playas españolas.
Playas que el lábio besó,
Dó mi dulce faro brilla:
De donde el buque arrancó
Mientras el faro quedó
Luciendo triste en la orilla.
¡Mas no te agites! En vano
Vagas, Neron, intranquilo:
¡Plugo al cielo soberano
Que aquel que nace tirano
No tenga patria ni asilo!
Pero si mi voz te espanta,
¿Por qué, sangriento latino,
Tu espectro no se levanta
Y siega atroz la garganta
De este triste peregrino.
¡Ay! Mi acento delirante
Quizá tu furia provoca:
Deja tu girar constante,
Párate ya, sombra errante,
Que es tu fama quien te evoca!
Es el mundo, la opinión,
Tu crimen, Neron injusto:
¿Por qué la eterna razón
Quiso que fueses Neron
En vez de ser un Augusto?
¿Por qué, despota inhumano,
Manchaste la torpe mano
Que tanta sangre dió al suelo?
Di, renegado del cielo,
¿Pues no era el hombre tu hermano?
¿Y por qué fué una muger
La que al mundo te arrojó?
¿Una hiena debió ser!
Pero ¡cuidada muger!
Harto su crimen purgó.
¿Por qué así teñiste el suelo?
¿Sangre de una madre! ¡Ah!
¿Fué la sangre tu consuelo?
Di, renegado del cielo,
¿No era tu madre quizá?
Cometiste un crimen, dos,
¿Y por qué no vino en pos
Arrepentimiento y duelo?
Di, renegado del cielo,
¿Pensaste qué eras un dios?
Pero mi voz penetrante
Quizá tu enojo provoca:
Deja tu girar errante,
¡Para ya, sombra gigante,
Que es tu genio quien te evoca!
¿Por qué, corriendo sin frenos,
El tiempo nos ha legado,
— Cuando está en ocultos senos
La tumba de tantos buenos—

La tumba de un condenado?
Oye bien tu acusacion,
Tu culpa, Neron injusto:
¡No en vano eterna razon
Quiso que fueses Neron
Para que hubiese un Augusto!
Aqui nos guarda tus huellas
Quien oye nuestras querellas
Asentado sobre el tul
De ese soberano azul
En que giran las estrellas.
Dios tu sepulcro ha guardado
Para que el hombre aterrado
Grite, si aqui se avecina:
¡Ay! No en valde esa ruina
Es la tumba de un malvado!
¡Eco fúnebre! ¿Do vas?
Pero ¡tierra! ¿y tus verdores?
¡Mármol! ¿por qué negro estás?
¡Ni un canto, ni unos amores!
Pasa un año y otro mas
Y ni una flor triste medra:
Pasa un siglo, pasan dos,
Y ni un musgo, ni una yedra.
Yo escribí sobre una piedra
«Es la justicia de Dios!»
Pero ¡despota inhumano!
Oculta la herege mano
Que tanta sangre dió al suelo:
Di, ¡renegado del cielo!
¿Pues no era el hombre tu hermano?
¿O buscó el infierno en ti
El humano Belcebú?
Yo vengo á retarte: di,
Las piedras están aquí
Pero ¡Neron! ¿do estás tú?

II.

Asómbtrate de ti ¡bárbaro errante!
Que esa es la ley de Dios justa, precisa:
Y ni una flor que llame al caminante!
Y ni un susurro de apacible brisa!
¿Pues que te queda ya, romano altivo?
¡Mármoles negros cuya vista arredra!
¡Tumba fatal, (en una losa escribo.)
No en valde el tiempo ennegreció tu piedra!

III.

¡Neron! ¡terrible deidad!
Mas siempre será su nombre
El nuncio de su maldad
Pero ¡cielos! ¿Es verdad
Que no hay perdon para el hombre?
¡Oh eternidad bienhechora!
¿No tiene el tiempo una aurora
Para quien maldito está?
—¡El tiempo viene y se va,
Como se pasa una hora!
Y contra el tiempo gigante
Hay fuerza justa, constante,
Que eterna no se desquicia,
Y habiendo eterna justicia,
Será Neron sombra errante.
—¿No hay aurora? ¿No hay solaz?
¿Siempre ha de correr fugaz
En la tumba que le abriga?
¡Mas sin una voz amiga!
¡Sin un instante de paz!
—¿No comete un crimen, dos?
¿Y porque no vino en pos
Arrepentimiento, duelo?
El renegado del cielo,
¿Se fraguaba que era un dios?
No hizo escarnio su maldad
De la eterna inmensidad
Dó estaba su suerte escrita?
¡Bien haya, sombra maldita,
Bien haya Dios ó la edad
Que en este mármol que arredra
Agostára musgo y yedra
A través de un siglo y dos!
¡Bien haya la edad ó Dios
Que ha ennegrecido tu piedra!

IV.

¡Mas sé benigna, al fin! Tu sabes, Musa,
Que un sepulcro es un triste santuario:
¡Harto nos venga el eco que le acusa
Y huye después al bosque solitario!
En insultar su nombre no te afanes,
Deja al profano ese maldito empeño:
¡Harto nos vengan sus perdidos manes
Que nunca le velaron grato sueño!
Y harto tambien de su maldad nos venga
El tiempo que maldice su memoria,
Y harto no hallar quien compasion le tenga
Y ¡harto nos venga la implacable historia!
¡Bastante nos vengara del tirano
Quien le negó una vez la luz del dia!
¡Harto nos venga la potente mano
Que dió á su genio eternidad sombría!
Y harto Dios ó la edad, fuerza invisible,
Que agostó en este campo musgo y yedra:
¡Harto nos vengó ya, tumba terrible,
La edad ó Dios que ennegreció tu piedra!

Duerme, Neron.... Pero, ah!
Una voz, airada ya,
Desde el abismo te nombra:
¡Gira, gira, pobre sombra,
Porque el viajero se va!

Roma 47 de agosto de 1848.

EL PEREGRINO.

MAHOMA.

De fugitivo se hizo conquistador.
Sino hubiese sido perseguido no
hubiera adquirido la gran celebritad
que rodea su nombre.
(Voltaire. *Espíritu de las naciones.*)

La considerable península que conocemos con el nombre de Arabia, se halla situada entre el mar Rojo, el Océano Indico, el golfo Pérsico, la Etiopía, la Persia, la Siria y el Egipto. Dividiase en otros tiempos en tres grandes regiones llamadas *Petrea*, *Desierta* y *Feliz*. La segunda es el país que la Escritura sagrada llama el Gran desierto, donde por espacio de 40 años peregrinaron los hebreos acaudillados por Moisés, y el mismo donde mucho tiempo antes habían morado Agar y su hijo Ismael cuando se vieron arrojados de la casa de Abraham. Hoy suele dividirse la Arabia en seis partes: el *Berriah*, ó el desierto al Norte, el *Bareim* y el *O'man* en la frontera de Persia, el *Njiaz* y el *Yemenal* Occidente y el *Nejd*. Los historiadores del país señalan tres razas á sus habitantes: 1.^a la de los árabes primitivos, descendientes de Noé, hijo de Sem y nieto de Noé, que se establecieron aquí después del diluvio; 2.^a la de los árabes castizos que ocuparon la Arabia Feliz, ó sea el Yemen y procedían de Jaktan ó Jahtan, hijo de Heber; y 3.^a la de los hijos de Ismael que lo era de Abraham (4) llamados *mozárabes* que se confundió con las anteriores. Esta region, cuya independencia respetaron los griegos y los romanos, tal vez porque la supusieron mas estéril de lo que es en realidad, estaba habitada por distintas tribus ó *khables* de las que algunas vivían en poblaciones, y otras en mas número errantes con sus tiendas en los oasis ó territorios mas fértiles, donde apacentaban sus ganados y conservaban aquel género de vida rústico y grosero que aprendieron de su patriarca Ismael (2). Unas y otras estaban gobernadas por sus *emires*, y se hacían continuamente la guerra por los mas leves motivos, como por la posesion de un pozo ó un buen pasto etc., etc. Descollaban los árabes, aun en los tiempos de su ignorancia (3) por su valor, amor á la independencia y destreza para manejar las armas y criar caballos, presumiendo tambien de muy entendidos en la poesia, en la ciencia de la genealogia y de usar el mas bello lenguaje del mundo (4). Hermanan de un modo extraño el robo con las deberes de la caridad. Dicen que habiendo sido su progenitor Ismael despojado de su patrimonio paterno, recibió de Dios los desiertos por únicos bienes permitiéndole apoderarse de cuanto en ellos encontrase, derecho que los transmitió, como sus herederos, y al mismo tiempo reciben y agasajan á los viajeros y nada tocan de sus haberes en tanto son sus huéspedes. La religion natural que Ismael les enseñara fué olvidándose poco á poco, y después profesaban los árabes una confusa mezcla de idolatria, de judaismo y aun de cristianismo. La tribu de *Humlar* adoraba el sol, la de *Canahah* la luna, y otras á ciertas estrellas determinadas. Tal era el estado de este país, cuando en el mes de mayo de 569 de J. C. nació en la Meca (5) el célebre Mahoma, destinado á la esclarecida mision de formar de estas tribus semi-salvajes una nacion poderosa reuniéndolas bajo un solo Dios, y un solo caudillo. Era Mahoma de la ilustre tribu de *Koraisk* y de la alcuria de *Aduan*, la mas distinguida de ella (6), y que alternaba en el gobierno de la Meca. Los *mabashchitas*, ó *etiopes* que se habían apoderado de una parte de la Arabia, 70 años antes de esta época, atacaron la Meca en el mismo año del nacimiento de Mahoma y *Abdelmotalieb*, abuelo de este, los rechazó. Esta guerra que se menciona en el Koran, señaló el principio de una era que los árabes llamaron del *Elefante*. Desde el principio engalanaban los historiadores árabes con singulares prodigios

la vida del profeta, pues aseguran que en el momento de nacer, salió del seno de su madre *Amina* una luz extraordinaria que iluminó todo el país vecino; que el tierno infante se arrodilló y pronunció claramente estas palabras: *Dios es grande, y no hay mas que un solo Dios*; que estaba circuncidado naturalmente y que al mismo tiempo de salir á luz fueron precipitados todos los genios maléficos que habitaban en las estrellas y en los signos del Zodiaco, para tentar á los moradores del cielo. Enmudecieron los oráculos de los idólos; se apagó el fuego sagrado de los discípulos de Zoroastro, y catorce torres del palacio del monarca de Persia, se desplomaron de resultas de tan terrible terremoto. Preguntando aquel la causa de esta catástrofe, le respondió uno de sus magos que anunciaba que los persas serian subyugados al cabo de catorce reinados, por los descendientes de un niño que acababa de nacer en la Meca. Fué en seguida este rey á visitar al niño, y predijo á sus padres su portentoso porvenir, etc., etc. Solo contaba Mahoma dos meses, cuando murió su padre *Abdalah*, y le dejó por única herencia cinco camellos, algunas ropas y una esclava etiope, llamada *Baraca*, la que fué por algun tiempo nodriza del futuro profeta, y los musulmes la apellidaron por esto *Omin-Aiman* (la madre fiel). Al llegar á los seis años, perdió tambien á su madre y quedó bajo la tutela de su abuelo paterno, el referido *Abdelmotalieb* (el que vivió hasta 140 años) y después en la de un tio suyo. Este lo llevó á la guerra que se sostenía en los confines de Siria, y en ella se señaló Mahoma desde la temprana edad de 14 años.

Reducido á la pobreza, fué colocado por su tio como factor de una viuda opulenta, llamada *Khadija*, que hacia en Siria un comercio considerable, y á poco se casó con ella, llegando por este medio á ser uno de los mas acaudalados ciudadanos de la Meca. Tranquilo y oscuro vivió en el hogar doméstico hasta la edad de cuarenta años, en que ostentándose como profeta y apóstol de Dios, hizo variar de faz á una gran parte de la tierra. Desde sus primeros viajes á la Siria, había entablado amistad con *Sergio*, patriarca que fuera de Constantinopla de donde le desterraran por ser partidario del heresiarca Nestorio, el que le dió noticias de las doctrinas de los judíos y cristianos. Entonces fué cuando Mahoma desplegó los talentos que le hacían tan superior á sus compatriotas. Poseía aquella elocuencia fogosa y fuerte, desposeída de arte y de método, que conmueve tanto á los pueblos salvajes, aire de autoridad y de insinuacion, vista perspicaz, fisonomía espresiva, intrepidez y liberalidad. Aunque dotado de un temperamento ardiente, que le hacia buscar con ansia las mugeres, no debilitaba ni su valor, ni su aplicacion, ni su salud. Ninguna época tampoco mas á propósito para favorecer los intentos del nuevo legislador. La decadencia de lo que fuera imperio romano, el lujo y la molición á que estaban entregados los griegos, la debilidad de los cristianos, divididos por cismas y heregias, y el estragamiento de las costumbres, todo presagiaba en Asia un cataclismo social, cuando apareció Mahoma y utilizó diestramente estas circunstancias. Al anunciarse como profeta y apóstol de Dios, sostuvo tan gloriosa y arriesgada mision con su acreditado valor, sus grandes riquezas y su merecida reputacion de sabio. Sus conciudadanos ignorantes, crédulos y propensos á entusiasmarse, no podían rehusar el seguirle y secundar sus proyectos. Como proclamaba el fatalismo y prometia á sus partidarios un paraíso de placeres materiales, creó soldados invencibles, que se arrojaban sin reparo á la muerte, persuadidos de que no la encontrarían sino en la hora ya señalada de antemano en el cielo.

Este principio y el de la unidad de Dios fueron el cimiento sobre que edificó Mahoma el robusto edificio de su religion, á la que dió el nombre de *Islam*, que significa *confianza, resguardo y resignacion en la voluntad divina*. De *Islam* toman los mahometanos el nombre de *moslemunes*, *musulimes* ó *musulmanes*. Por lo demas Mahoma decia que no era su objeto enseñar una nueva religion sino la antigua que profesaron Adán, Noé, Abraham y los demás profetas. Su primera discípula fué su esposa *Khadija*. Condújola cierto dia á una caverna del monte *Hara*, no lejos de la Meca, y le reveló que el ángel Gabriel se le habia aparecido, y declarado que Dios le habia elegido para ser su profeta. *Khadija* creyó con fé este prodigioso suceso, y lo participó á un primo suyo llamado *Varakha*, que era cristiano, el que tambien creyó la pretendida revelacion del elegido del cielo. Regocijose tanto Mahoma con estos dos primeros neófitos que en señal de accion de gracias á Dios dió siete vueltas en derredor de la *Kaabah*. Los árabes daban este nombre al principal templo de la Meca, al que tributaban una profunda veneracion, por haber servido de habitacion á Abraham. La estatua de este santo hombre y la de Ismael eran allí adoradas, así como otros 360 ídolos extraños, unos de piedra y otros de madera tomados de los distintos cultos del Asia. Tambien se veia en la *Kaabah* la famosa *piedra negra* objeto de la mayor devocion de los musulmanes, por haber descendido del cielo, y que se cree con bastante probabilidad ser un *aerolito* (1). El tio de Mahoma, que antes hemos mencionado, era cuando aquel dió principio á su apostolado sumo sacerdote y guarda de la *Kaabah*. Después de *Varakha* y *Khadija* abrazaron el islamismo el joven *Ali*, pariente y pupilo de Mahoma y esposo de su hija *Fátima*, y *Abu-Behr*, personaje esclarecido y de grande influencia en la tribu de los *Koraischitas*, el que predicaba la veracidad de su yerno el nuevo profeta y atestiguaba sus visitas con los ángeles

(1) Esta piedra era tambien el sepulcro de Ismael.

y revelaciones divinas. En los tres primeros años de predicación solo llegaban á doce los creyentes de la recién nacida doctrina en cuyo cenáculo figuraban además de los mencionados los célebres Omar y Zaid. Entonces fué cuando Mahoma redactó el *Koran*, (1) y habiendo crecido suficientemente el número de sus discípulos, reunió á los mas notables en un banquete y les habló en estos términos: «¿Quién puede presentar á los hombres ley mejor que la mía, que os ofrece la felicidad en la tierra y en la otra vida? Dios os llama por mi voz ¿Cuál de vosotros quiere ser mi teniente, el primero de mis hermanos?» Todos los circunstantes guardaban silencio cuando el jóven Ali con la impetuosidad y el fuego propios de su edad, se levantó diciendo: «Yo seré ¡oh gran profeta! tu ayuda ó tu segundo, el que arrancará los ojos, y abrirá el vientre y quebrantará los huesos de tus enemigos.» Mahoma le estrechó con efusión entre sus brazos y exclamó: «He aquí á mi teniente; sujétalos á él y obedecerle.» Desde este tiempo empezó á leer el *Koran* y predicar públicamente la existencia de un solo Dios y la guerra implacable á todo género de idolatría, á despecho de los magnates de la Meca que reprobaban esta nueva religion. En especial muchos de sus hermanos los koraischitas fueron sus mas encar-

dor de la nueva y verdadera religion, cuyo fundamento es *No hay mas Dios que Dios*.—Si, respondió el arcángel, aquí está Mahoma el mas grande de los hijos de Adán, el primero de los profetas y de los apóstoles. Los hombres esperan entrar por su intercesión en el paraíso.» En seguida presentó Al-Borak humildemente su lomo al profeta y partió. Llegó en un instante al templo de Jerusalem, y fué recibido con las mayores muestras de afección y respeto por Abraham, Moisés y Jesus. Dejó allí á la prodigiosa cabalgadura, y acompañado siempre de Gabriel, trepó por una escalera de luz al primer cielo, que es de plata, y donde las estrellas, que son del tamaño de grandes montañas, están suspensas de cadenas de oro. Este cielo está lleno de ángeles de figura de hombres y de animales, que tienen el encargo de rogar á Dios por las criaturas que representan. Aquí se halla el *gran gallo*, blanco como la nieve, y de corpulencia tal, que toca con su cabeza al segundo cielo, distante del primero un espacio, que solo puede recorrerse en 500 años. Adán, que habita con el gran gallo, se presentó á Mahoma en figura de un anciano decrepito, y se encomendó á sus oraciones. Recorriendo con prodigiosa velocidad todos los cielos, encontró á Jesus, Juan Bautista, David, Salomon, Moisés, Aaron,

no por eso desmayó, é hizo, á los que le permanecieron fieles pronunciar un juramento que se llamó de *las mugeres*, por el que se obligaban á renunciar la idolatría, á conservar la vida de sus hijos, abandonando la inhumana costumbre de los árabes que mataban á los que no podían mantener, á no robar, á no fornicar, á no calumniar y á obedecerle como profeta.—Muchos de los koraischitas y otros habitantes de la Meca, alarmados con los progresos de la nueva secta, tuvieron un consejo y amotinaron al pueblo contra Mahoma, ofreciéndose tres de los mas entusiastas á quitarle la vida. Llegó á noticia de aquel y dijo: «El diablo, en figura de viejo, asistió á la reunión, y les aconsejó me matasen.» Ocultóse en una caverna, y salvando grandes riesgos huyó á *Yathreb* por otro nombre *Medinath* (4) situada en *el Hejaz* por lo que se apellidó esta fuga la *Hedgira* suceso del cual tomó principio la era de los musulmanes (2) así como su grande imperio y la verdadera gloria de su profeta.

Tenia antes por ventura suya muchos prosélitos en *Medinath*, y era esta ciudad antigua rival de la Meca, por lo que fué recibido magníficamente, y con inesplicable entusiasmo. Viéndose desde luego al frente de un partido poderoso, declaró la guerra á sus compatriotas los



Siria.—Rio en el valle de Oronte.

nizados enemigos, y el profeta se vió obligado á enviar ciento de sus prosélitos á Etiopia donde aumentaron mucho el número de musulimes, y á refugiarse en la pequeña ciudad de Tayet, en la que tenia parientes. Mas encontrando también aquí muchos contrarios, regresó á la Meca.

Habían á la sazón transcurrido doce años desde que se había declarado por inspirado de Dios, y supuso que en todo este largo espacio, había sido honrado con numerosas visiones celestiales. Una de las mas estrañas y pasmosas es la siguiente, que refirió á sus mas predilectos discípulos.

Hallábase cierto dia recostado entre dos colinas al aire libre, no lejos de la Meca, cuando se le acercó el ángel Gabriel, acompañado de otro espíritu celeste: le abrió el corazon, le quitó de él la gota negra ó el principio del pecado original, lo lavó bien, le llenó de fé y de ciencia, y le volvió á colocar en su lugar. En seguida Gabriel, volando con sus setenta pares de alas, fué en busca de la yegua *Al-Borak*, cabalgadura destinada á los profetas, y la entregó á Mahoma. Era aquel animal blanco como la leche, participaba de la naturaleza del asno y del mulo, y tenía rostro humano y quijadas de caballo. Sus ojos brillaban como las estrellas, y penetraban cual los rayos del sol, y con sus dos alas de águila caminaba con la rapidez del relámpago. Aunque tenia *Ab-Borak* la facultad de entender y discurrir, no habló nunca, hasta el momento de acercarse á ella Mahoma en que dijo á Gabriel: «¿Es cierto que este es el funda-

Enoch y Abraham, que le llamaron el mas excelente de los hombres y de los profetas. En el tercer cielo, vió un ángel de tan enorme estatura, que entre sus dos ojos hay setenta mil jornadas de camino, y tiene bajo su dominio un ejército de cien mil ángeles. Está asentado delante de una gran mesa sobre la que hay un libro en que borra los nombres de los que mueren, y escribe los de los nacidos. En el sexto cielo, está una maravillosa criatura, que es otro ángel con setenta mil cabezas que con otras tantas bocas, canta las alabanzas de Dios. Un árbol se alza en el séptimo cielo, cuyas ramas están cargadas de gruesos frutos mas dulces que la miel. Y otro espíritu celeste presentó allí al profeta tres copas, una con leche, otra con miel, y otra con vino. Escogió aquel la primera, y oyó una voz que decía: «Acertada fué tu elección, pues si hubieses bebido vino, tu nacion se habria extraviado del buen camino, y seria desgraciada en sus empresas.» Llegó por fin al elevado trono del Eterno, y descubrió en luminosos caracteres la divisa de los musulimes.

«No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.» Dios le dijo: «acercate» y le puso una mano en el pecho y otra en la espalda. Este contacto divino hizo á Mahoma sentir un intenso frio, y al mismo tiempo una delicia inefable. Conferenció alli con el Omnipotente y aprendió cuanto era necesario para saber gobernar á los hombres. Volvió á repasar los siete cielos, y encontrando en Jerusalem á la yegua *Al-Borak*, regresó á la Meca donde llegó en la misma noche.—Cuando refirió á los suyos tan portentoso viaje aunque afirmado por *Abu-Bekr* (nombre que quiere decir el *testigo fiel*), encontró muchos incrédulos entre sus mismos parciales, que formaron en Medina un peligroso cisma. Mahoma

mecanos. Robó sus caravanas y se enriqueció con el botín. En una de las primeras escaramuzas, á las que da los árabes el nombre pomposo de batallas, tenían los de la Meca mil hombres y Mahoma solo doscientos. Antes de combatir oró fervorosamente y fingió un éxtasis durante el que aseguró le había Dios prometido la victoria. Cogió en sus manos un poco de polvo, y lo arrojó á los escuadrones enemigos, diciendo:

—¡Caiga sobre sus rostros y sean deshechos como este polvo que lleva el viento.

Inútil es añadir que alcanzó un triunfo completo, y que los fieles musulmanes lo atribuyeron á milagro, persuadiéndose que Dios combatía por ellos, así como ellos combatían por Dios, y esperando desde entonces la conquista del mundo. Suponia Mahoma que jamás le faltaba la inspiración divina, que solia recibir por medio de sueños misteriosos, ó por ciertas hojas escritas por mano de los ángeles con las que aumentaba el *Koran*. En este libro se encuentra el código civil y religioso, la historia del pais y la vida del profeta con todas sus visiones, trabajos y victorias. Todos los intérpretes del *Koran* están de acuerdo en que su moralidad está contenida en estas palabras:

(1) Llamóse entonces *Medinath at Naby*, Ciudad del Profeta, en los tiempos posteriores *Medinath*, la Ciudad, por excelencia.

(2) La *Hedgira* empieza en el primer día de *Moharrem*, primeros del año arábigo y corresponde al viernes 16 de julio de 622 de J. C. Aunque fué la huida en el 8 de *Rabieh*, 1.º de aquel año, y su llegada á Medina el 16 del mismo mes (28 de setiembre de 622) esto es 18 dias mas tarde, cuentan los musulmanes el principio de su era desde el primer día del año en que fué la huida y no del día de la misma, á los 54 años del nacimiento de Mahoma, y 44 de su predicación.

(4) Este nombre significa *leyenda*; *Al-Koran* la *leyenda*. Llamase también *Kitab* ó *Kitab-Allah*, el libro por excelencia, el libro de Dios.

«Busca de nuevo á quien te haya arrojado de si.»
 «Regala al que te haya robado.»
 «Perdona al que te hubiese ofendido.»

«Haz bien á todos los hombres.»
 «No disputes con los ignorantes.»
 Entre las muchas plegarias y declamaciones que segun el uso oriental llenan el texto de este famoso libro, se encuentran trozos verdaderamente elegantes y sublimes, como cuando describe la terminacion del diluvio:

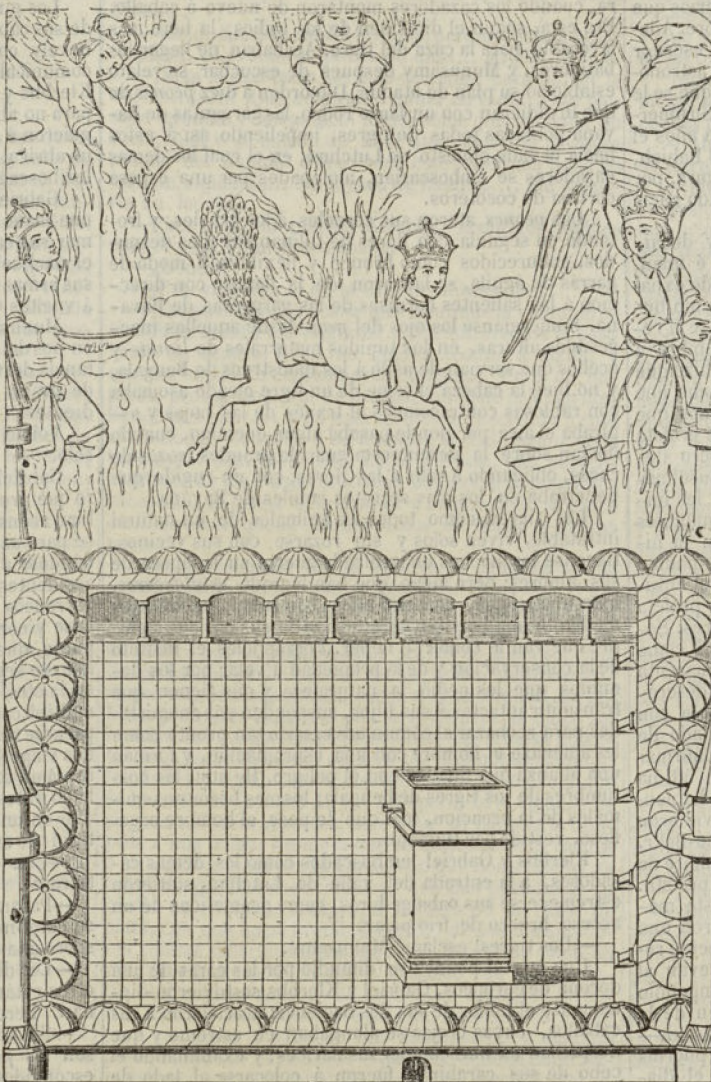
«Dios dijo: tierra, engulle tus aguas; cielo, recoge las aguas que has vertido.— El cielo y la tierra obedecieron....»

Tambien es magnifica la definicion de Dios:

«Allah es aquel que tiene el ser de si mismo, y de que provienen todos los otros seres, el que no fué engendrado, y el que no tiene semejante en toda la estension de lo creado.»

Ademas de la unidad del Ser Supremo, se consigna en el Koran la creencia de otra vida, en donde hay un paraíso y un infierno, la resurreccion y el juicio final (1), la predestinacion absoluta, y la fatalidad, el precepto de la limosna, debiendo dar cada creyente á los pobres el 2 1/2 por ciento de sus haberes, la oracion, la peregrinacion á la Kaabah una vez en la vida, la circuncision, las abluciones, el ayuno rigorosísimo en la época del Ramazan (2), la prohibicion del vino y ciertos manjares nocivos á la salud, y la de los juegos de azar. Sin embargo, Mahoma no se preciaba de rigido en observar sus mismos principios, asi es que aunque ordenó que ningun musulman pudiese tener mas que cuatro mugeres legítimas, él tomó hasta nueve, y aseguró tenia para ello permiso especial de Dios, como tambien para casarse con la hija de Zeid, su hijo adoptivo, el que por complacer al profeta se divorció de aquella, á quien amaba mucho. De todo saca partido Mahoma para sostener su papel de enviado de Dios. Los ataques de epilepsia que padecia, los hacia pasar por éstasis, y un lobanillo que tenia en la espalda, aseguraba que era el signo de la profecia. La costumbre de no perderse jamás de vista, ni permitirse en los instantes mas espuestos á distraccion ninguna accion ni palabra que pudiese hacer caer la venda de los ojos á los que andaban á su alrededor.

Aumentando mas y mas el número de sus prosélitos | abrazasen su doctrina. Estos dos últimos obedecieron | y extendiendo sus correrias y conquistas, invitó al em- | tan estraña invitacion; el gefe de los coptos contestó



Ascension de Mahoma.

enviando al profeta una joven bellissima para su harem, llamada Maria, y el emperador Heraclio con otros presentes. Solamente Cosroes desgarró la carta de Mahoma con indignacion. Dirigióse este poco despues con cortas fuerzas á la Meca, con objeto de cumplir al rededor de la Kaabah las ceremonias que habia establecido, pero sus compatriotas le rechazaron de los muros. Volvió con un ejército mas considerable y entonces aquellos abandonaron la ciudad sin resistencia. Sin embargo, Mahoma se contentó con practicar sus devociones y se retiró sin consentir á sus soldados desman alguno, aun que para tornar tercera vez, no ya como peregrino, sino como conquistador. Poco resistió la ciudad y fué tomada por fuerza. En el momento hizo venir á su presencia y aherrojados á los primeros magnates y les preguntó:

—¿Cómo quereis que os trate?

Y con tono humilde respondió uno de ellos:

—Tan solo esperamos bienes de ti, hermano generoso, hijo de otro hermano generoso.

—Id, pues, sois libres.

En seguida en el monte de *Absafah* fué aclamado soberano espiritual y temporal, primer guia y pontifice de los árabes y recibió el juramento solemne de fidelidad, que prestó entusiasmado el pueblo entero. Encaminóse despues á la Kaabah, y giró siete veces en su derredor, tocó y besó la piedra negra y luego entrando en el templo destruyó las efigies que contenia, sin perdonar las de Abraham y de Ismael, á pesar de su veneracion por ambos patriarcas sus ascendientes, y para purificar aquel santo lugar, se fué volviendo por todas partes, gritando: ¡Allah Akbair! Dios es grande.

La generosidad que habia usado con los mecánicos, le ganó el corazón de los koraichitas y le facilitó la sumision de todas las otras tribus de la Arabia que logró avasallar ya por las armas, ya por la palabra. Creyéndose Mahoma ya bastante fuerte, quiso estender sus dominios por los de los persas y griegos y comenzando por hostilizar la Siria que poseian estos últimos, se hizo dueño de algunas ciudades. A los que queria sojuzgar



Viage á la Meca.

dor, hizo que estos no pudieran jamás librarse de su seducción.

(1) Aquí habla Mahoma de un puente que remataba en punta, por el cual debian pasar los resucitados, y desde donde debian ser precipitados los réprobos al fuego eterno. Se cree sacó esta alegoria de la doctrina de los magos de Persia. De la

perador Heraclio, al de Persia Cosroes, al principe de los coptos y á los reyes de Abisinia y Mondar á que

misma tomó la existencia de las houris, mugeres siempre jóvenes, siempre hermosas y siempre vírgenes, que habitan en el paraíso, y que deben con su amor formar la delicia y la recompensa eterna de los buenos musulmanes.

dejaba la eleccion ó de abrazar los principios del Koran, ó de pagar el tributo que este mismo código señalaba, que era 43 dracmas de plata por cada cabeza de familia.

(2) El Ramazan ó Ramadan dura un mes lunar, en el que no es permitido beber ni aun agua, ni fumar hasta que llega la noche. Es en lo mas fuerte del estío.

En fin Mahoma por medio de su audacia, de su talento y perseverancia, no solo llegó á dominar el país en que había nacido y también los que estaban circunvecinos, sino que fundó uno de los mas vastos imperios que han existido y dura todavía y eterniza su nombre. Además de sus reconocidos dotes, como guerrero y escritor poseía grandes conocimientos en la medicina y astronomía, de que son una muestra algunos aforismos que se le deben y la reforma del calendario de los árabes. Su muerte acaeció en Medina á la edad de sesenta y un años el 41.º de la hégira (632 de J. C.) el lunes 12 del Rabich, de una fiebre ardiente originada, según se asegura, por las reliquias de un veneno que le habían dado hacia mucho tiempo (4).

Dos días antes, á pesar de su debilidad y decaimiento, hizo la oración pública como soberano é iman, y predicó al pueblo; y pocos momentos antes de exhalar el último suspiro dijo: «Que cualquiera á quien hubiese hecho violencia ó injusticia viniese á él y se la recordase,» y habiéndose presentado un pobre hombre á quien debiera una corta suma en su juventud, hizo que se la devolviesen. En seguida espiró mirado como uno de los hombres mas grandes por aquellos mismos que le calificaban de impostor, y como un sublime profeta por los demás. En Medina se ve aun su sepulcro iluminado de continuo por 300 lámparas, y los musulmanes le visitan por devoción, aunque su ley no les impone este precepto. A pesar de tener tantas mugeres no había logrado sino un solo hijo que murió en la niñez, y dos hijas. Los habitantes de la ciudad no podían persuadirse de que Mahoma hubiese muerto y el entusiasta Omar exclamaba: «No es posible que el profeta de Dios pase por la suerte común de los hombres. Solamente se ha ausentado por algún tiempo así como Moisés que se apartó de su pueblo durante cuarenta días.» Pero el sagaz Abu-Bekr para evitar el descrédito del esposo de su hija persuadió al pueblo con el Koran en la mano que la cualidad de enviado de Dios no le eximia de la muerte, lo que vino á confirmar la corrupción que se apoderó del cadáver. La última voluntad de Mahoma no llegó á cumplirse, pues habiendo designado por sucesor á su yerno Ali se dividieron los votos de los gefes del ejército entre Omar y Abu-Bekr, prevaleciendo al fin este último, que tomó el nombre de *Califa*, que quiere decir vicario y sucesor del profeta. Para contar las prerogativas y favores que este mereció al cielo, los doctores musulmanes formaron una curiosa letanía que los devotos repiten diariamente repasando las cuentas de grandes rosarios que llevan al cuello. Terminaremos este artículo con un compendio de ella.—«Mahoma, el último profeta en el orden de la creación, es el primero en el orden de la misión.—Su nombre glorioso está escrito en todas las puertas del paraíso.—Cuando nació fué precipitado el diablo.—Recorrió los siete cielos.—Es superior á todos los mortales en valor y en ciencia.—Ha obrado tres milagros además de los del Koran, que contiene 60,000, pues cada versículo es un prodigio. Partió la luna. Por su orden hablaron los árboles y las piedras. De sus dedos manaron fuentes de agua.—Dios reparte con él sus bendiciones.—Dios ha mandado al orbe que le obedezca.—Toda la tierra le pertenece.—Antes de él estaba manchada por los idólatras, judíos y cristianos.—Mahoma instituyó la oración, la costumbre de lavarse las manos antes de comer, la de hacer un hueco en uno de los lados del sepulcro, y la de llevar turbantes con cintas pendientes á la espalda, distinción estimada de los ángeles.—Su linaje no pagará tributos.—Jamás perdió la pureza aunque manchado con un temperamento ardiente.—Gozó de prerogativas no concedidas á ningún hombre, como abrazar á su esposa en días de ayuno, casarse con mas de cuatro, cometer homicidio en el recinto sagrado de la Meca, juzgar según su voluntad, recibir regalos de los clientes y distribuir las tierras aun antes de poseerlas.—Es suya la mejor parte del botín que se coge en el campo de batalla.—Los ángeles le obedecen.—El de la muerte no recogió su alma hasta que le concedió licencia para hacerlo.»

N. C. DE CAUNEDO.

HEVA.

(NOVELA.)

CAPITULO II.

(Conclusion.)

Se dió la señal de alto á las orillas del Lutchmi. La caravana había andado poco mas ó menos diez leguas. Los peones prepararon la comida y colocaron los cubiertos sobre el césped. Munusamy destacó tres batidores habituados á rastrear los tigres, como los perros el ciervo. Una vez la primera hambre saciada, se apostaron centinelas cual en país enemigo, y cada cazador, poniéndose al abrigo de una fresca alcoba de verdura, se

aprovechó del permiso de reposar ó de dormir que se le concedía mientras el grito de alerta no resonase.

Casi rayaba ya el sol en los dos tercios de su carrera, cuando los cazadores montaron de nuevo á caballo. Era esta, según el dictamen de los indios, la hora mas favorable para la caza del tigre. Acababan de llegar los batidores, y Munusamy despues de escuchar su relato estableció su plan de ataque. Dió orden á diez peones de que invadieran con un largo rodeo, las gargantas de Ravana pobladas todas de tigres, impeliendo así á estos hacia el valle opuesto de Lutchmi, en el cual los demas cazadores se emboscaban, almenados por una espesa cortina de cocoteros.

Los peones ataron sus corceles á los árboles, y frotando en seguida con flores de tulipán sus pies desnudos, endurecidos como bronce y flexibles á modo de garras de águila, se lanzaron de la llanura con dirección á las salientes cornisas de las gargantas de Ravana. Sumergíanse los ojos del peon desde aquellas inaccesibles alturas, en los tupidos matorrales de lianas y acebos que servían de asilo á los monstruos de Bengala, y no bien la cabeza enorme de un tigre ojeado asomaba con rabiosas contracciones al través de las hojas y aspiraba el aire por donde pasaba algun enemigo, cuando llovian sobre la descubierta guardada grandes trozos de rocas, obligando á salir á las fieras, con un rugido que penetraba en los mas secretos cubiles de Ravana.

Los tigres, como todos los animales de un natural intratable, viven solos y sin rozarse con sus vecinos. Hácense los machos encarnizada guerra en la época de sus amores; pero luego que han logrado establecerse, fijan una tregua, contentándose con saludarse de lejos mediante una horrible contracción de sus narices siempre que van á comer ó beber. Forzándoles el instinto de la conservación y de la propiedad á velar por los dominios que les cedió la naturaleza y que tienen que transmitir intactos á sus hijos, suspenden sus enemistades para rechazar al comun adversario tan pronto como les amenaza el hombre con una espropiación, y forman una alianza que finaliza con el peligro. He aquí las costumbres de los tigres de Bengala; los mas hermosos animales de la creación, mal que le pese al hombre orgulloso, vestido por Humann.

Klerbbs y Gabriel emboscados como los demas cazadores, á la entrada del valle de Lutchmi, sintieron estremecerse sus cabalgaduras, como acometidas de un acceso brusco de frío polar.

—¡Los tigres! exclamó Munusamy.

Una mortal palidez se difundió por las caras de una docena de europeos. Gabriel y Klerbbs sostuvieron dignamente el honor de sus dos naciones: acariaron á sus caballos, cuyas orejas se alongaban en extremo y que despedían un huracán por sus narices, y examinando el cebo de sus carabinas, fueron á colocarse al lado de Munusamy. El indio les tendió la mano, felicitándoles con un gesto por su bravo continente.

—Apenas reconozco mis caballos de caza, dijo Munusamy; tiemblan como gacelas.

Goulab y Mirpour conservaron su semblante impasible, desentendiéndose de la acusadora mirada que les lanzó el indio.

—¿Sois vos, Goulab, quien ha escogido los caballos? Goulab movió la cabeza negativamente.

—¿Y vos, Mirpour?

La misma señal por contestación. Klerbbs echó una rápida ojeada á Gabriel.

Los ojos negros de Munusamy irradiaron como dos tizones que se inflaman; pues no sospechaba ahora ya la traición, sino que la tenía clara y palpable entre sus manos. Por desgracia, menester era pensar en defenderse contra adversarios mas terribles que los dos indios.

Un tigre enorme, vomitado por las gargantas de Ravana, atravesaba la llanura que ningún abrigo le ofrecía, encaminándose al valle del Lutchmi. A cada uno de sus saltos trazaba en los aires una inmensa elipsis; y los fascinados ojos del cazador, abrazando de golpe una veintena de ellos (tanto era su rapidez) se figuraban ver un puente de tigres con veinte arcos formarse y desaparecer en un momento. Detúvose el monstruo de repente á cien pasos de la cortina de verdura que ocultaba á los enemigos, y exhaló un maullido sordo y semejante al sonido prolongado del órgano que se apaga hundiéndose en los tonos graves. Su piel de un flaco entre dorado, brillaba al sol como un manto de brocado de Venecia vetado con bandas de ébano; sus cuatro patas, tendidas en escorzo se balanceaban sobre sus coyunturas; su cola horizontal ondulaba á manera de serpiente, y la áspera corteza de su hocico retirada hacia los ojos por una furiosa contracción, permitía distinguir sus marfileños dientes aguzados como puñales.

Parecíanse los relinchos de los caballos á quejidos articulados que saliesen de humanos pechos, y se agitaban sus crines á modo de trenzas de culebras vivas. En vano luchaban los ginetes por mantenerlos inmóviles sobre el mismo terreno; puesto que la fuerza de los hombres se agotaba á medida que el terror de los animales subido de punto, no daba ya oídos á las órdenes mudas de la brida y de la mano.

Bajóse la carabina de Munusamy y disparó. El tigre despidió un grito ronco, y sosteniéndose sobre sus patas traseras, se cogió con las delanteras el hocico, sacudiéndolo vivamente como para arrancar de él la bala introducida. Tendiéndose luego de barriga y arrastrándose como un boa, estregóse rabioso el hocico contra el césped, irguióse cuan alto era y se lanzó con desesperados rebotes hacia los arbustos del riachuelo de Lutchmi.

—¡Está herido, está herido! exclamó Munusamy; y empujando las pistolas, precipitó á su caballo en la di-

rección del tigre. En el momento mismo otras dos fieras se desprendieron al vuelo de las gargantas de Ravana.

Los ginetes europeos, no pudiendo ya enseñorearse de sus caballos se sintieron llevar por el camino de Tinnevely con toda la rapidez que el delirio y el espanto comunicaban á las piernas de aquellos animales. Klerbbs y Gabriel echaron pie á tierra valerosamente para no abandonar á Munusamy. Goulab y Mirpour siguieron á galope á los europeos, desapareciendo así en un abrir y cerrar de ojos tantos desertores al través de los bosques del horizonte meridional.

Gabriel y Klerbbs pasaron el Lutchmi, nadando con una mano y sosteniendo con la otra sobre el nivel del mar sus carabinas y pistolas; poniendo de esta suerte el riachuelo entre ellos y los tigres, podían socorrer con sus armas al indio aislado en la otra orilla y que andaba á vueltas con sus formidables enemigos.

Munusamy, arrastrado por su ardor, corría siempre en pos del tigre herido logrando alcanzarle á corta distancia del Guzul, en donde el monstruo recibió el golpe de gracia y espiró, destrozando el césped con sus dientes.

Volvió entonces el rostro Munusamy y se encontró solo.

Gabriel y Klerbbs privados del indispensable socorro que procura el caballo en esta terrible cacería, se habían aconsejado meramente con su valor al desmontarse para acudir en ayuda del intrépido nabab; pero orillándose á la izquierda del Lutchmi, tropezaron en los accidentes de un terreno cenagoso y entrecortado de barrancos con obstáculos insuperables. Aprofundizábase y corría con tal celeridad el riachuelo en aquel punto, que tratar de atravesarlo, equivalía á buscar una muerte segura; y sin eso ¿cómo socorrer á Munusamy en la otra orilla, cuando nuevos y mas terribles rugidos, multiplicados por los ecos, les anunciaba que el Ravana parecía vomitar toda su población de tigres? Nuestros dos viajeros, agitados por una viva curiosidad, treparon á un árbol que dominaba aquellas soledades. Klerbbs llegó antes al último escalon del observatorio vegetal, y dijo entonces á Gabriel mostrándole una horrible multitud de amarillos monstruos veteados de negro.

—Con que, amigo mío, ¿creéis ahora en los tigres?

—Pasarán el riachuelo, respondió Gabriel colocando su carabina y sus pistolas en las ramas del árbol como sobre una cureña.

—Los desafío á que lo intenten, pues delante de nosotros están tranquilas las aguas; un torrente es sin duda.... Pero el indio, el indio, ¿dónde ha ido á parar?

—Sir Eduardo, mirad allá abajo.... hacia el Mediodía: son los peones que despues de recobrar sus caballos escondidos en el bosque, nos abandonan tambien.

—¡Dios mío! lo había previsto. Han desencadenado á los tigres contra Munusamy, y su obra está al presente completa. ¡Cobardes!

Un grito de desesperación, un grito sobrehumano y corrosivo como un *tamtam*, un grito imposible de clasificarse y que dijérais salía del pecho de un coloso de bronce animado en un sueño, llenó aquellas vastas soledades, dándolas súbitamente un carácter inesplicable de desolación. Habíale lanzado el indio: acababa de ver la traición consumada con la fuga de los peones, sus sirvientes, y se encontraba solo con tres tiros no mas en su mano y ante una trahilla de tigres que se desprendían de las montañas, saltando á manera de un torrente cuyas olas tuviesen ojos de llama, dientes de acero y una tempestad de rugidos. Klerbbs y Gabriel descubrieron entonces al desventurado Munusamy que salía de un bosque espeso de árboles y empujaba vigorosamente su corcel hacia las sombrías rocas que cerraban el horizonte á guisa de baluarte.

—¡Oh! exclamó Gabriel, preciso es socorrerle á cualquier precio.

E iba á bajar precipitadamente cuando Klerbbs le contuvo con un brazo vigoroso.

—Amigo mío, le dijo, es de noche; una hora necesitaremos para llegar hasta Munusamy, y esto pasando antes por encima de los cuerpos de veinte tigres. ¿Queréis tentar el golpe? decid que si, y bajo del árbol con vos.

Gabriel cogió á dos manos su negra cabellera, y guardó silencio.

La noche, de suyo tan veloz al estenderse por aquellas regiones equinocciales, acudía con todos sus horrores, y á la luz moribunda del crepúsculo presenciaron nuestros dos viajeros los últimos y desesperados esfuerzos del indio. Seguiale volando la trahilla de tigres, y al llegar al baluarte de rocas, se puso de pie sobre su caballo, cual si escalarlo quisiese socorrido con sus uñas de hierro. Volviendo á caer en la silla, impelió nuevamente á su corcel por el escarpado camino que recorriera. Y aprovechándose del momentáneo espanto causado en los tigres por los pistoletazos que acababa de dispararles, surcó al través de ellos como un soplo, y tocó ileso las orillas del riachuelo. Empero diestros á par que su caballo, avalanzáronse los monstruos mas ágiles á los arbustos del Lutchmi, y el indio desarmado sintió en breve la aspiración de fuego de los tigres junto á sus pies desnudos, y erguido á modo de un picador del circo sobre el lomo de su corcel, luchó todavía algun tiempo, magullando con la culata de hierro de su carabina los hocicos abiertos que se le acercaban. Ensangrentado pronto el caballo, y desgarradas sus ancas por furibundos dientes, arrastró á su dueño al abismo del Guzul. Reuniéronse todos los tigres para darle el postrer asalto, y el animal vaciló sobre sus rotos jar-

(4) Creemos será agradable á nuestros lectores tener una idea del personal de Mahoma, según lo refieren detalladamente sus biógrafos contemporáneos. Era de estatura regular, bien formado y de temperamento sanguíneo. Tenía la cabeza grande, la barba espesa, los huesos grandes y sólidos, los ojos negros y bien rasgados, la tez morena, las facciones pronunciadas y regulares, las cejas largas, la nariz aguilena, la boca grande, buena dentadura y cabellos lacios y espesos.

tes. Munusamy vió abrirse doce inflamadas bocas, y desde lo alto de la silla que se le resvalaba, se arrojó en el Guzul en medio de las tinieblas de la noche y del abismo.

III.

DESPUES DE LA CAZA.

Gabriel y Klerbbs habian presenciado á la luz de las primeras estrellas el drama espantoso que acababa de desenlazar en los precipicios sin fondo del Guzul. Durante un breve espacio oyeron el lúgubre é intermitente quejido que atestiguaba la agonía del caballo ó del caballero. Los rugidos de las bestias feroces habian cesado, pero sus estridentes y prolongados resoplidos, anunciaban que su furia se ejercitaba ahora en un cadáver. Por último se acalló la orilla del Lutchmi, indicando con esto que los tigres se habian retirado á las gargantas de Ravana.

Nuestros dos viajeros bajaron del árbol, no perdiendo tiempo en comunicarse sus impresiones ni en tomar su partido. Fijados sus ojos en las estrellas del Mediodía, se alejaron lenta y precavidamente de los bordes de aquel fatal riachuelo. No bien se estremecieron las hojas, parábanse con el cuello alargado, el oído alerta y encorvados, á fuer de cazadores que temen espantar el animal, sin quitar la mano derecha del fiador de la carabina y estendida la izquierda por el cañon, pero esta vez era el animal quien cazaba al cazador. En seguida se decian con un movimiento de cabeza:

—No es nada; prosigamos nuestro camino.

Y andaban á tientas, con paso de volatines, la respiración ahogada y los ojos en las puntas de los pies, recelosos de despertar á un tigre dormido, de tropezar con un nido de hienas, ó de turbar algun poderoso himeño de panteras ó de serpientes. A tiempos, cuando una espina aguda y tortuosa comprimida bajo sus talones se enderezaba arrollándose en torno de sus piernas, un frío mortal helaba su sangre, creyéndose picados por el terrible *cobra-capell*, cuyo silbido se oye al abrasado promediado del día en las playas de la *Triplacam*, y que entumeciéndose durante la noche en el musgo de las colinas, se repliega formando tres círculos á manera de brazalete olvidado en el desierto por la hermosa *Svahá*, muger de *Agni*, dios del fuego.

Tales fueron las angustias que atormentaron á los dos jóvenes durante la noche. Al clarear el alba, los objetos se delinearon y recobraron su natural forma, con lo que rompiendo Gabriel el silencio, exclamó:

—¿Bendito sea el día! Yo soy como *Ayax*, hijo de *Telamon*; me siento cobarde de noche. Y enderezando sus palabras á Klerbbs: ¿os hallais seguro, le dijo, de que hemos caminado en direccion del lago de *Tinnevely*?

—¿Quién ¿yo? Nada sé, pues hemos caminado á la ventura. Pareceme que llevamos diez noches de marcha, y no me cogeria de susto ver salir el sol en China.

—Mirad, sin embargo, la misma constelacion de la *Cruz del Sur* que nos sirvió de guia.

—¿La *Cruz del Sur*, mi querido Gabriel? Acaricieme el diablo si una sola vez he parado esta noche mi atencion en las estrellas, á no ser que rodasen á mis pies. Mis ojos no veian sino tigres y serpientes.

—Discutamos, Klerbbs.

—Como os plazca. Os escucho; principiad que está abierta la sesion.

—Aguardemos la venida del sol, y desde que conozcamos el Oriente, conoceremos los demás puntos cardinales.

—Adoptado; concluyése la sesion.

—Sentémonos, y hablemos.

—Aun pudiéramos dormir un poco. A lo que colijo nos encontramos en la cima de una montaña, y no corremos ningun riesgo.... Durmamos, pues no alcanzo á sostenerme.

—¿Dormir! ¿estais loco, Klerbbs? ¿No temeis despertar en el vientre de un león?

—Gabriel, creo lo que vos respecto de los tigres; á saber: no creo en los leones á no estar en jaulas ó disecados.

—Ese pobre *Munusamy*....

—¿Cai bastante hemos llorado ya por él, y es cuento concluido.... Mal fin se les depara siempre á los maridos que tienen mugeres sobrado buenas mozas: me aprovecharé de la leccion.

—¿Oh! sí, ya habeis formado vuestro plan....

—Pero ¿qué furor es ese que os ha entrado por las burlas?.... Cuando aun tengo en la imaginacion á todos los tigres de Bengala royéndome el cerebro.... ¿cómo diablos quereis que piense en....

—Pensais, pensais, Gabriel.... Conozco perfectamente el corazon del hombre.... Sin embargo, no insistiré y

aguardaré á mañana; pues, con tal que no estemos en otro pais.... Bajo palabra de honor, os digo que esta montaña se me parece á un bastion de la muralla de la China....

—Abrid, Klerbbs, abrid los ojos, porque hablais entre sueños.... Levantaos, que es de día.... Arriba, arriba.

—¿Viva el día! tenia los ojos cerrados para no ver la noche.... ¡Oh! ¡Qué admirable punto de vista! ¡Qué paisaje grande y magnifico! Figúrase que me hallo en Richmond, y al balcon de *Star aud gaster*, la primera posada del mundo! Pero todo este panorama indio no vale un almuerzo.... Me muero de hambre.... Me comeria un león!....

—Pues bien, mi querido Klerbbs, levantaos, doblemos el paso y almorzaremos....

—¿Dónde?

—¿Por vida de....! en la casa de *Munusamy*.

—¿Diantre! ¿creis acaso que continúe la viuda ofreciendo su mesa á los viajeros?... Encontraremos la casa vacia de seguro. Heva no querrá recibir á nadie, y nuestro almuerzo está comprometidísimo. Pero no importa, prosigamos. Por de pronto, conviene orientarnos. El sol va á salir.... y en esta direccion, haciendo frente al Mediodía, se halla, á no dudarlo, la habitacion de la hermosa viuda. Si, he allí, hacia el Norte, me parece, el *Monte de los Pastores*, teatro de nuestra magnifica caceria.... Bajemos á la llanura y caminemos siempre en linea recta que al fin habremos de llegar á alguna parte.

Aun no asomaba el sol, pero ya la campaña se iba inundando de esa luz que resplandece antes que el astro del día en el horizonte de la aurora. Distinguianse á lo lejos horribles formas de indios monstruos, ébrios de sangre que se deslizaban al traves de la encrucijada de los bosques ó del abismo de los valles, dándose prisa por recobrar sus cubiles como si la naturaleza les hubiese prohibido enturbiar con su presencia la dulce serenidad del sol naciente. Semejaban los árboles gigantes, diseminados sin número por la ilimitada llanura, inmóviles y silenciosos cortesanos que aguardan á que se levante de su lecho un rey. Empero, bajo algunos de sus maravillosos aspectos, mas bien se parecia la campaña á una muger hermosa que se engalana para recibir á su esposo; tanta era la gracia con que desarrollaba su cabellera de blondos arrozales, con que prendia de su cuello un riachuelo sinuoso, á manera de un collar de plata, con que hacia brotar del medio de dos encantadoras colinas soberbios tallos de aloes florecidos como un ramillete de desposada, entrevalándose con una praderia cual si fuese un traje de cachemira salpicado de flores. Cuando el sol, que hace seis mil años alza su frente para regalarse el solo con tan desconocido y sublime paisaje, cuando el radiante esposo de aquella naturaleza apareció sobre la montaña Azul, bien como un ojo de oro que se abriese súbito en la frente de un gigante, diriais que toda la campaña habia palpitado con los abrazos del cielo; tal fué la armonia formada por las voces de los árboles, rios, cascadas, pájaros, torrentes, flores, valles y colinas que se derramó en torno, semejante al primer himno cantado á la aurora de la creacion.

Nuestros dos viajeros olvidaron largo espacio la fatiga y el hambre ante tan maravilloso espectáculo; pero, tornaron pronto á las realidades de la vida, al percibir con espanto que aquella hermosa naturaleza era una sucesion de emboscadas, y que producía ceguera su resplandor. En todo lo que veian nada les traia á las mientes uno solo de los parages recorridos la víspera con la caravana de cazadores. Caminaban por una tierra desconocida; y sus ojos preguntando á horizontes infinitos, no tropezaban en ningun árbol aislado, en ningun accidente de terreno, en ningun aspecto sorprendente de colina saludada ya por ellos á su partida de la casa de campo de *Tinnevely*. Indudablemente una cadena de montañas les habia separado de la costa de *Madrás*, arrastrándoles su asustadiza y ciega marcha nocturna bajo otro cielo y hacia las riberas de otros mares. El pais que atravesaban los colaba de asombro por momentos, á causa de su singular belleza, puesto que nada anunciaba el desierto al primer golpe de vista; ni eran aquellas las llanuras del Nilo, ni los bosques vírgenes de América, ni ninguno de esos paisajes que se cubren con los horrores de la soledad y advierten al caminante que no se aventure á introducir su pié en los dominios de la desolacion. La tierra allí parecia trabajada con esmero y regada con amor; creierase ver llegar á cada paso á los labradores y carboneros, y sorprender tras las arboledas un campanario de iglesia ó una vasta alqueria animada por una alegre familia de cultivadores. No obstante, desde que reconocian que toda aquella riqueza no era de nadie, y que los árboles se recortaban graciosamente, las colinas se redondeaban, los riachuelos corrían y se alfombraban de flores los prados para los tigres, las hienas, los leones y los elefantes, únicos dueños soberanos de aquella region espléndida, la hija mayor del sol y del Océano, un horror indefinible se apoderaba de sus sentidos.

Los frutos salvajes que colgaban de los árboles en aquel gran vergel de la naturaleza apenas si prestaban un pasajero alivio á los dos jóvenes. Estendiase siempre ante ellos el horizonte en la misma uniformidad infinita, sin que seis horas de ardorosa marcha los aproximasen ni un codo á su objeto; de continuo se les presentaban montañas en pos de las colinas, llanuras tras las montañas, bosques despues de las llanuras, praderias en seguida de los bosques, desnudas rocas á espaldas de las praderias; campaña inagotable de verdura y aridez, ambas poderosas.

Tras un prolongado silencio que semejaba el somnoliento meditar de la desesperacion, Klerbbs, que iba de lantero, se detuvo y dijo á su amigo:

—Siento asustaros anunciándoos que son ya las tres, y que con cuatro horas mas volveremos á sumergirnos en las tinieblas de la noche y en las bocas de los tigres!

Gabriel se cruzó de brazos, sacudiendo melancólicamente la cabeza y fijando sus ojos en el sol que descendia del zénit con una rapidez terrible.

—¿Ah, exclamó no se me olvidará nunca esta caceria de tigres!

—¿Por vida del... holgaria, caro amigo, encontrarme en posicion de recordarla! Pero, es el caso que tenemos que principiar por llegar á algun casucho donde nos sea dable acordarnos de algo. Por lo que á mi toca, mi ciencia topográfica acabó, y me falta valor para adelantar un pie. Alguna determinacion es necesario, no obstante, que tomemos. Veamos. No podemos mas; nadamos en sudor; nuestras chaquetas blancas y nuestros pantalones están hechos tiras; vuestras de ellos quedan en todos los matorrales del Asia; parecemos unos párias, y corremos peligro de que el primer indio de buena familia que tope con nosotros nos trate como si lo fuésemos realmente. Se nos tacharia de locos si continuásemos caminando en un pais que carece de camino. Detengámonos, pues; y á modo de náufragos fabriquemos una cabaña, fundemos una colonia. Hermoso y fértil es el suelo; no nos faltan armas ni municiones; aquí nos brinda con su fruto un delicioso vergel de cocoteros y árboles del pan, allí se desliza un agua clara como el cristal: no poseia tanto Rómulo y prosperó; la cosa no admite réplica. En el mundo no existe mas admirable vegetacion, sol mas brillante; y una risa de lástima asoma á los labios al pensar que en el *West-Kent* se venden cuatro pies cuadrados en cien libras. Dios nos vende el Asia por nada. ¡Qué excelente especulacion de terreno! Lo compro á este precio, y lo parto con vos.

—¿Hablais seriamente, sir Eduardo?

—Y tanto mas, cuanto que se me figura que al alejarnos anoche del teatro de los tigres volvímos la espalda al verdadero camino de *Tinnevely*, y que por consiguiente hace veinte horas que nos estamos alejando del punto adonde apetece llegar.

—¿Seria posible, Klerbbs?

—¿Oh! no me queda duda. Nos hallamos á treinta leguas, cuando menos, del lago de *Tinnevely*, y no hay tiempo de titubear. Fabriquemos aqui dos tiendas, una para vos, otra para mí, y durmamos; pues os juro que me caigo de sueño. Se nos viene á las manos esta noche la ocasion de representar el *Midsunmer-night's dream* de Shakspeare, y á fé que no nos faltará quien haga de león.

—¿Con que es preciso, amigo Klerbbs, renunciar á la esperanza de ver esa estrella de *Tinnevely*, esa reina de las rosas de Bengala, la divina Heva!

—Querido Gabriel, cuando seamos un poderoso pueblo, robaremos á las sabinas; pero, en cuanto al presente; tratemos de colonizar como solteros.

Y sin perder tiempo, púsose Klerbbs á cortar largos ramos de arce, que despojó de las hojas convirtiéndolos en sólidas estacas, clavándolas luego en la tierra, conforme al proceder de *Robinson*. Viendo Gabriel que su camarada tomaba por lo serio su proyecto, acudió en su ayuda.

—¡Bravo! ¡Bravo, Gabriel! Antes que el sol desaparezca, tendremos una casa. Pero, suspirais... ¿qué negra idea ha asaltado vuestro entendimiento?

—¡Ah! suspiro, amigo mio, acordándome de que en este instante existen venturosos mortales que pasan por los embaldosados del *boulevard* de los Italianos, que beben sorbetes en casa de *Tortoni*, que leen los anuncios en las esquinas, que comen en la roca de *Cancale*.... y ¡nosotros! ¡nosotros!

—¿Nosotros, Gabriel?... A buen seguro que no aceptaria yo su puesto en cambio del mio. Mátenme de fastidio las ciudades.... y luego, ¡es tan agradable fundar una ciudad!

Soltó Gabriel una carcajada, la primera que desde la época de *Adan* hacia reir é los ecos del Asia Mayor; y ambos viajeros, dejando caer las estacas de sus manos, acompañaron á los ecos en su risa. Este acceso de loca alegría, se hubiera prolongado indefinidamente entre los hombres y la naturaleza, sin los claros y distintos sonidos de un instrumento, semejante á una bandolina, que hirió en el momento mismo los tímpanos de ambos jóvenes.

Klerbbs y Gabriel, cogieron sus carabinas, y guardaron un silencio de estatuas. Aproximábanse los sonidos, entremezclados con un canto melancólico y nasal. A corta distancia, se presentaron en breve dos indios, vestidos con una larga túnica blanca, y llevando ante sí una especie de bandolina de desmesurado mango. Eran dos cantores ambulantes; llamados en la India *saradacarens*.

Ninguna conmocion manifestaron los cantores al encontrarse con nuestros dos jóvenes; antes bien, siguieron acercándose y les tendieron la mano como para pedirles una limosna.

—¡Nos salvamos! exclamó Gabriel radiante de alegría; estas gentes conocen el pais. Y dióles una moneda de plata.

Los cantores en reconocimiento de tan noble regalo, comenzaron una lamentacion sobre la batalla de *Rama* y de *Ravana*. A la segunda copla los detuvo Klerbbs con un gesto brusco de su mano diciéndoles en inglés que le enseñasen el camino hasta la mas próxima habitacion. Los indios no le comprendieron.

—¿Sabeis algo de indostan? preguntó Klerbbs á Gabriel.

—He ganado tres premios de indostan en el colegio de Francia, he traducido el *Adava pyrám*; pero en la India nadie me entiende.

—Y yo, exclamó Klerbbs estregándose la frente; yo que he traducido en Cambridge al gran poeta Azz-Edin-el-Mocadessi y no comprendo lo que un indio me dice á menos que no me lo diga en inglés. Si algun día vuelvo á Cambridge, destituiré á mi profesor. Por fortuna hablo yo la lengua universal, y de seguro me entenderán estas gentes.

Colocó Klerbbs á los cantores el uno al lado del otro, tomó el brazo á Gabriel y situándose detrás de los indios, les indicó que caminasen á prisa, mostrándoles el sol próximo á trasmontar y remedando el rugido del león.

Los indios se sonrieron y echaron á andar. Klerbbs y Gabriel alargaron alegremente el paso; y el primero, torciéndose á sus desamparadas estacas, las saludó con la mano diciendo:

—¡Penoso es abandonar así una ciudad en su cuna! Los dos *larada-caren* caminaban sin titubear y resueltamente, como quien conoce la tierra que pisa. A ratos volvían el rostro para dispensar una sonrisa consoladora á los viajeros. Klerbbs no hacia mas que repetir, bajo diversas formas, un anatema contra el profesor de indostan de la universidad de Cambridge; y Gabriel, absorto en un pensamiento, soliloquiaba á veces en los siguientes é invariables términos:

—Apostaría á que estamos á cuarenta leguas de la casa de Heva.

Habiase el sol ocultado tras una larga cresta de montañas que los viajeros costeaban y que sustraía á sus ojos la campiña y el horizonte del Mediodía. Algunas señales de cultivo comenzaban á salpicar el terreno y hasta se distinguían unas, á modo de ligerísimas garzotas de humo desprendiéndose de la cima lejana de los árboles. Pronto vieron Klerbbs y Gabriel con alegría un sendero trazado por humanos pies, y trabajadores denominados *tottakarers* en la India, que bajaban por un repecho, con sus aperos de labor al hombro. No hubiera sentido Gabriel mayores trasportes de felicidad viendo á la divina Heva pasar con su gracia de criolla y su *chai* de cendal chino.

—Comprendo, decía Klerbbs, que pueden darse momentos en que yo abrazaría á un labrador indio.

Alargóse por último, el brazo de un *larada-caren*, hacía una espesura de árboles, y nuestros jóvenes saludaron la casa de un *bramin*, pintada de colorado con líneas verticales. La noche se venía encima.

A favor de los postreros rayos del crepúsculo, reconocieron que aquella casa debía hallarse habitada por un *bramin* de las primeras clases. Carecía de ventanas, defendiéndola contra la lluvia y el sol un techado de

juncos y hojas secas de palmera, y contra las bestias feroces una cerca de mazonería. A la entrada se elevaba una especie de parra llamada *pandel*, cubierta de paja y ramos verdes, y algo mas distante dormía un reducido estanque destinado para las abluciones de familia. En el ángulo meridional de la habitación sostenía un pedestal grosero la informe estatua de *Ganesha*, dios penate del hogar doméstico de los indios.

El *bramin* Syaly vivía en aquella casa. Recibió con grave afabilidad á nuestros dos viajeros, y antes que nada los condujo á donde estaba la imagen de *Ganesha* que Klerbbs honró con profundas genuflexiones. Gabriel no se prosternó.

Syaly los introdujo en seguida en la sala de recibimiento, ofreciéndoles leche cuajada que nombran *dhuy*, dos frascos de jugo de palmera y licor fermentado conocido entre ellos con la denominación de *sonra*. Sentáronse Klerbbs y Gabriel á la usanza indiana, sobre la fresquísima estera, é hicieron los honores á aquella frugal comida. El *bramin* hablaba bastante bien el francés y el inglés, pero tuvo la política de no dirigir ninguna pregunta á los dos extranjeros, contentándose con algunas palabras sobre asuntos indiferentes: Klerbbs y Gabriel imitaron su prudencia.

La conversación tomó de sobremesa un giro interesante. El *bramin* Syaly era muy instruido y estaba dotado de un orgullo nacional digno de un inglés. ¿Cómo dejar, pues, escapar la ocasión de colocar á la India por encima de todos los países del globo? Burlóse de Homero porque habia inventado una mitología sin imaginación, y que se roza con la realidad bajo sus distintos aspectos. Atacó la arquitectura religiosa de los griegos, que rasaba casi la tierra con el capitel de sus columnas y se habia copiado á sí misma hasta el infinito, y en seguida citó los mil poemas de la mitología del Indostan, cuyos títulos solos ocupan mayor espacio que las obras de Homero; desarrolló el eterno capítulo de las metamorfosis de Brahma, y se preparaba ya á describir la arquitectura ideal y maravillosa de los templos subterráneos de Elefanta y Elora, esa arquitectura de ensueños y visiones sublimes, cuando advirtió que sus dos oyentes, vencidos por el cansancio, dormían á pierna suelta.

Aunque el *bramin*, que no tenia con frecuencia ocasiones de desplegar en la soledad su erudición religiosa, se hubiese asido de los dos viajeros como de una presa que la Providencia le enviaba, el deber de la hospitalidad le prescribió que respetase su reposo; sin que por eso le picasen menos dos cosas: el sacrilegio cometido por Gabriel, que no se habia inclinado ante su estatua doméstica, y la indiferencia con que habian acogido ambos jóvenes su discurso sobre las encarnaciones.

Hallábase el día bastante adelantado cuando Gabriel y Klerbbs despertaron de su sueño reparador; y en seguida, mientras componían en lo posible los destrozos

de sus vestidos, oyeron voces que cuchicheaban por la parte de afuera, y al propio tiempo patadas de caballos. Acercáronse á la persiana que entrevelaba la puerta, y no fué pequeño su asombro al escuchar la siguiente conversación.

Una voz gruesa, decía en inglés.

—Dos cantores ambulantes á quienes hemos interrogado esta mañana en la habitación de Munusamy, nos han informado de ello.

—Y no os engañaron, respondía el *bramin*, pues cabalmente les he dado hospitalidad ayer por la noche.

—Os mando en nombre del *king's proctor* de Madrás que nos los entreguéis, replicaba la otra voz.

—Os obedeceré, reponía el *bramin*; pero aun están durmiendo, y la ley de la hospitalidad me prohíbe turbar su sueño. Ningun interés me inspira esos dos jóvenes. Andan cubiertos de andrajos como asoladores de jardines, cuega en pedazos su calzado; todo anuncia en ellos que han cometido algun delito, y nada tendría de extraño, pues estoy convencido de que carecen absolutamente de religion.

—¡Esto es demasiado! exclamó Gabriel desde adentro; y levantando la persiana lanzóse bajo el *pandel*, seguido de Klerbbs.

Los dos amigos se encontraron allí con seis ginetes *cipayos* y un oficial inglés.

—Os arresto en nombre de la ley, dijo el oficial.

—¿A nosotros? exclamaron á la vez Klerbbs y Gabriel.

—¿Pues á quien si no? repuso el oficial. ¿No sois llamados Eduardo Klerbbs y Gabriel Nancy, sin profesión conocida?

—Si... Pero ¿por qué nos arrestáis?

—He aquí la orden del *king's proctor*.

—¿Y de qué se nos acusa?

—Lo sabreis en Madrás.

—¡Vaya una cosa singular! dijo Klerbbs.... Está bien: os seguimos, capitán; vamos á Madrás.

El oficial hizo una señal, y se trajeron dos caballos viejos para Klerbbs y Gabriel. Colocados estos en el centro de la escuadra, pusieronse todos en camino.

Iba aquella gente por un sendero escarpado que cruzaba la costa de la montaña junto á la cual se hallaba situada la casa del *bramin*, y no bien hubieron llegado á la cima, cuando Klerbbs y Gabriel descubrieron á la izquierda y tendido en la llanura, el lago de Tinnevely.

Escapóseles á los dos prisioneros una exclamación simultánea de sorpresa.

—Una sola palabra, capitán, dijo Klerbbs. ¿No nos detendremos en esa habitación que se distingue allí abajo?

—Os detendreis en Madrás, y por largo espacio, respondió el oficial.

—A fé que esto es mas fabuloso que las diez encarnaciones de Brahma, añadió Gabriel.

(Se continuará.)

TRIBUNALES ESTRANGEROS.



Vista de la sala del Tribunal criminal de Londres.

EFEMERIDES DEL SIGLO XIX.

Día 3 de febrero.—Año de 1834. Acciones de Huesca y Elizondo. —1839. Acciones de Alcora y Lucena.

Día 4.—1812. La plaza de Peñíscola se entrega á los franceses.

Día 5.—1838. Acciones de Ubeda y Baeza, donde es derrotado el partidario don Basilio García.

Día 6.—1838. Accion cerca de Guetaria y socorro de Gandesa. —1839. Accion de Utiel.
Día 7.—1836. Accion del Puerto de Veleta.
Día 8.—1820. Accion de la Peña de Amaya y Almonacid.
Día 9.—1820. Abolicion de la Inquisicion de España por Fernando VII. —1838. Accion de Villavieja

LOGOGRIFO.



LA SOLUCION EN EL NÚMERO INMEDIATO.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, num. 8.